

my wooden friend

DRAFT



Trystan Wall
Valentina Coretti

DRAFT



Érase una vez una antigua, muy antigua, ciudad, en donde vivía un gran relojero e inventor. Pero no era un relojero cualquiera. Era el relojero real, ni más ni menos. Pero, para su desgracia, resultó ser bastante menos que más.

Lo llamaban Juanelo, aunque ese no era su verdadero nombre. Y vivía en una casa muy muy antigua. Bueno, más que vivir, malvivía, pues era muy pobre. A pesar de ser un gran genio y de haber realizado obras maravillosas para el emperador; de haber construido para el los mejores relojes —'Díesos que lucían en los salones de su palacio—'Dí, el emperador, tan ocupado como estaba con sus guerras y sus asuntos, había olvidado los servicios de Juanelo. Y, lo que es peor, había olvidado pagarle todo el dinero que le debía, que era mucho.

Juanelo iba cada día al castillo donde vivía el emperador, mas siempre recibía la misma respuesta:

—'Dí Hoy no puede ser. Vuelva otro día.

En su casa no le quedaba nada de comer y hacía frío. En el camino de vuelta a su morada, vio a tantos mendigos como había, suplicando una limosna. Pensó que pronto tendría que hacer lo mismo, si no quería morir de hambre y de frío. Pero era un gran inventor. No era un borracho, ni un holgazán. Tenía demasiado orgullo para sentarse en la calle y pedir unas monedas a los vecinos que pasaran.

Aquella noche consiguió unos huesos y un poco de verdura para hacerse una sopa. Tenía la casa llena de piezas de madera: muchas las iba quemando para intentar calentarse y cocinar, aunque fuera un mísero caldo. Y eso que eran maderas de la mejor calidad. También tenía, encima de una mesa grande y en unos estantes, un montón de mecanismos, de esos que se usan para fabricar los relojes: ruedas con dientes, cables y cosas por el estilo.

Aquella noche, la pobre sopa le había calentado las tripas y le había dado algo de fuerzas. Entonces, se puso a pensar. Ya se sabe que a los genios, a los inventores, en cuanto se ponen a cavilar, se les ocurren ideas maravillosas. Juanelo miraba todas aquellas piezas y mecanismos de color dorado. Entonces imaginó que, si unas pocas ruedas y engranajes podían mover los péndulos y manecillas de un reloj, e, incluso, hac salir al cuco de su casita, empleando más piezas, ruedas y engranajes lograría mover los brazos, las piernas y hasta la cabeza de un gran muñeco. Y tenía muchas de esas piezas.

er

DRAFT



DRAFT

Así que se sentó a dibujar los planos de aquel muñeco que pediría la limosna que a él le avergonzaba pedir. Lo construyó con la madera que tenía acumulada. Pasó días serrando y lijando. Pasó noches enteras componiendo la maquinaria; uniendo poleas a ruedas con dientes; engranajes a cintas de cuero, cuerdas y alambres. Al cabo de muchos días, tuvo listo a aquel ser mecánico que lo ayudaría a conseguir el dinero que necesitaba. El muñeco tenía el tamaño y el aspecto de un muchacho. En la espalda una tapa de madera ocultaba el mecanismo de cuerda. Juanelo le pintó ojos, orejas, nariz y boca, y unos redondeles muy rojos en las mejillas de madera muy bien pulida. Le puso un vistoso traje hecho de trozos de tela de colores y un sombrero con plumas, uno viejo, con las plumas muy desmochadas. Con semejante atuendo, el muñeco tenía el aspecto de un antiguo juglar.

Era el momento de saber si funcionaría. A Juanelo le temblaban las manos al accionar la manivela. Rac, rac, rac, rac... 'C9 Las ruedas y engranajes empezaron a moverse. Con un chirrido, aquel ser de palo y bronce, de cuerda y cuero, empezó moverse. Por la mañana, Juanelo lo colocó a la puerta de su casa, con un cartel colgado del cuello que decía:

Les pido unas monedas para que mi amo, el gran maese Turroneo, pueda comer, ya que yo no tengo que hacerlo.

Y allí que iba el muchacho de palo, de un lado a otro de la calle, con sus movimientos tan torpes como graciosos. Las mujeres lo miraban horrorizadas. Los hombres se acercaban curiosos. Los niños bailaban a su alrededor.

Por fin un caballero se atrevió a depositar una moneda en el cestito que sostenía el muñeco en su cintura. Y, para su asombro, aquel ser articulado le hizo una gentil reverencia. Todos los que estaban por allí aplaudieron los modales del muñeco. Fue la gran sensación en aquella noble ciudad. Cada día, aquel artilugio al que los niños llamaban Juanelillo, diminutivo del nombre de su creador, repetía su paseo, calle arriba y calle abajo. Y, a cada moneda, una reverencia, y las risas y aplausos de los vecinos. Incluso un músico callejero tocaba melodías alegres con su flauta, acompañando al muñeco en su trabajo diario. Y, con la música, más que reverencias parecían pasos de baile, que el muñeco lograba ejecutar cada vez que una moneda caía a su cestito con un tintineo.

DRAFT



No tardó en hacerse famoso aquel ingenioso y curioso artilugio. Y claro, la noticia llegó a oídos del emperador, que hizo llamar a Juanelo, su olvidado relojero real. Juanelo y Juanelillo acudieron enseguida en presencia del emperador. El inventor explicaba el funcionamiento del artilugio y este demostraba sus habilidades mecánicas ante toda la corte imperial.

A Juanelo empezaron a hacerle encargos de seres animados como aquel. Las damas de la corte le pedían caballitos mecánicos, como juguetes para los príncipes y los hijos de los nobles. Los caballeros, condes y duques le solicitaban que crease pájaros articulados, que eran capaces de cantar, y los ofrecían como regalo exquisito a sus damas y esposas. Otros querían poseer guerreros mecánicos para hacerlos justar entre sí. Incluso el emperador imaginó un invencible ejército de soldados mecánicos que no comían ni se cansaban. Y Juanelo trabajaba y trabajaba en todos aquellos encargos. Atrás quedaron sus días de miseria y de hambre, de frío y de vergüenza.

Ya no necesitaba que el muñeco Juanelillo pidiera limosna por él. Olvidando el gran servicio que le había rendido, que lo había sacado de la pobreza, lo arrinconó en el sótano de su casa. Lo olvidó, como había hecho el emperador con él, sin mostrarle la más mínima gratitud. Dejó que su pintura se estropease y que se oxidasen sus engranajes, en vez de engrasarlos y limpiarlos, y tener a Juanelillo en un puesto preferente en su casa. La verdad es que los autómatas que construía ahora eran más bonitos y sofisticados. Estaban realizados con los mejores materiales, pues se los pagaban muy bien.

A Juanelillo se le iban despintando los círculos rojos de sus mofletillos de madera, como si fuera perdiendo la sangre, aunque nunca la hubiera tenido. Era como si se fuese quedando sin vida, una vida que solo parecía tener cuando sus ruedas y engranajes se movían. Pero ahora aquel mecanismo estaba oxidado e inmóvil. Hasta las pocas plumas que habían adornado su humilde sombrero se iban cayendo, como las hojas de un árbol viejo y olvidado.

Aquella vetusta casa donde vivía Juanelo, el inventor, había pertenecido hacía muchos, muchos, muchos años a un viejo curandero que se llamaba Mesrop y que —'D1 decían—'D1 había venido desde el lejano reino de Vaspurakan. Aquel extraño hombre tenía una tienda donde vendía plantas curativas y todo tipo de potingues para aliviar el dolor y la enfermedad. Mas lo que nadie sabía es que en realidad practicaba la magia. Pertenecía

DRAFT

a una estirpe de magos que, desde hacía cientos de años, había usado sus artes para ayudar a los demás. Aunque muchas veces los habían confundido con brujos, lo que podía ser muy peligroso en aquella época, por lo que se disfrazaban de médicos y farmacéuticos.

Mesrop fue el último de aquella saga de magos y hechiceros. Alguien lo descubrió y tuvo que huir. Pero dejó escondido en el sótano de aquella vieja casa un libro donde estaban escritos todos los hechizos, conjuros, fórmulas mágicas y recetas de pociones que su familia había ido creando a lo largo de los siglos. Las antiguas leyendas también decían que, junto al libro, había dejado una botella en la que había encerrado su aliento. Y que si la botella se abría y el aliento se escapaba, podía meterse en cualquier cuerpo y este recibiría toda la sabiduría del viejo mago Mesrop.

Cerca de la casa de Juanelo, había un hospicio para niños abandonados o muy pobres. Era un sitio feo y triste, que necesitaba de muchas reparaciones, pues el frío entraba por las grietas de las paredes y cuando hacía calor, este era insoportable. Allí malvivían los niños y niñas más desafortunados, a los que solo la caridad de la gente buena ayudaba a comer (poco) y vestir (mal). Los alimentos eran escasos y de mala calidad y los niños estaban delgadísimos y sucios. Pero el dinero de que disponía el hospicio era muy escaso...'

Esperanza era una de aquellas niñas, sucias y con hambre. No sabía la edad que tenía, pero debía de andar por los ocho o diez años. A pesar de su pobre y mísera vida, era muy alegre. Tenía una gran imaginación y era muy aventurera. Siempre andaba explorando los alrededores, metiéndose en los lugares más difíciles. Y fue en una de esas escapadas cuando descubrió un túnel. Estaba muy oscuro, pero pudo más su curiosidad que el miedo. Y allí que se metió. Sin saber cómo, y después de andar bastante por ese pasadizo (muchas veces, casi a gatas), llegó a una puertecita. Era poco más grande que una gatera y la madera estaba bastante podrida. Otra vez su curiosidad le hizo abrirla, sin saber dónde iba a entrar. Igual era una casa habitada: los dueños la cogerían y la llevarían de una oreja al hospicio, muy enfadados, y allí la castigarían. Ya era demasiado tarde. La portezuela chirrió. Se ve que hacía muchísimos años que no se abría. Tuvo que apartar, no sin asco, varias telarañas.

DRAFT



DRAFT

Había llegado a un sótano, sin duda. El techo era muy bajo y estaba casi tan oscuro como el túnel.

Había un montón de cosas, con las que iba tropezando a cada paso. Llevaba un cabo de vela que había usado a ratos en el túnel. Lo había cogido de la alacena de la cocina del hospicio, un día en que se coló buscando algo de pan, pues las tripas le hacían mucho ruido.

La luz de la vela iluminó aquel desorden. Esperanza dio un respingo al encontrarse cara a cara con aquel muchacho de palo. La niña no tenía ni idea de lo que era. Simplemente le pareció un muñeco de juguete, pero sucio y descolorido. Comprobó que nadie la había oído entrar. Por lo desastrado y cochambroso que estaba todo, parecía como si nadie bajase allí a menudo. Se sintió segura y encendió un par de velas grandes que encontró. Ahora todo se veía mejor. También aquel muñeco, tan quieto. La imaginación de la niña, viva como era, le hizo ver en él a un muchacho de verdad, cansado y triste.

En una esquina había un espejo. Se miró en él y se vio igual de sucia y andrajosa que el muchacho de madera.

—'D1 Somos iguales —'D1pensó.

Se acercó a él.

—'D1 ¿Quieres ser mi amigo? —'D1le preguntó, como si pudiera oírla. Ella misma se contestó afirmativamente.

—'D1 Déjame que te limpie un poco. Nadie te cuida, ¿verdad?

—'D1 A mí tampoco —'D1dijo Esperanza con voz triste.

—'D1 Pero a ti, te voy a cuidar yo.

Limpio a Juanelillo con un trapo. Lo hizo con mucho cuidado, como si estuviera enfermo. Encontró pintura. Con ella, le redibujó la boca y le coloreó los desteñidos mofletes. Parecía como si esa pintura colorada hubiera traído de nuevo la sangre a su cuerpo de madera, aunque nunca la hubiera tenido. Casi parecía que sonreía.

—'D1 Mañana te conseguiré unas plumas para tu sombrero. Ahora tengo que irme, pero volveré pronto —'D1se despidió.

DRAFT



DRAFT

De nuevo, la gran fantasía de la niña le hizo ver un movimiento afirmativo de la cabeza de aquel muñeco inmóvil. Cerró con cuidado la puerta, esa tan pequeña y tan vieja, y se metió en el túnel.

Esperanza volvía cada tarde con su nuevo amigo. Lo acicalaba un poco, y ella misma también se arreglaba frente a aquel espejo. Luego se sentaba junto a Juanelillo y le contaba cosas. Sobre todo le hablaba de la vida en el orfanato, del hambre y el frío que pasaba, igual que el resto de los niños. Le contaba que no había suficiente dinero para reparar el edificio ni para darles bien de comer. Y a ella le parecía que el muñeco inanimado la escuchaba con sus orejas pintadas y que la miraba fijamente con sus ojos, dos círculos negros con dos puntos dentro, también negros.

Una de esas tardes, Esperanza curioseaba por el sótano. Vio a un ratoncito corretear por el suelo. Lo persiguió, hasta que el animalillo, asustado, se metió en un agujero de la pared. Ella, ni corta ni perezosa, metió dentro la mano y hasta el brazo. La pared estaba muy húmeda y tenía moho. De repente, se rompió un trozo, que cayó haciendo bastante ruido y levantando polvo.

La niña se asustó. Era posible que el ruido hubiera llamado la atención de quien vivía arriba y, si la pillaban, ya nunca más podría volver a visitar a su amigo de palo. Pero no pasó nada. Ahora el hueco en la pared era más grande. Y, otra vez, su curiosidad le hizo meter la cabeza dentro. Abrió mucho los ojos al descubrir aquel baúl. Pensó que se trataría de un tesoro y que estaría lleno de monedas de oro. Lo abrió, muy emocionada. Dentro no había oro, ni perlas, ni rubíes: solo un libro muy grande y pesado y una botella llena de polvo.

Ella no sabía leer y aquel libro estaba lleno de palabras y de dibujos raros. Como parte de su juego, se lo acercó a Juanelillo y empezó a hacer como si lo leyera. Se inventaba historias de caballeros y princesas, de dragones y brujas. Fingía leer aquellos cuentos de aventuras que ella misma iba creando.

Y aquel libro fue parte de sus juegos con Juanelillo, en aquellas tardes en que se escapaba del hospicio para ir a ver a su amigo, siempre tan quieto, siempre esperándola en el mismo sitio.

Y ella pasaba las páginas y le contaba al muñeco cómo un valeroso guerrero venció a un dragón de siete cabezas y luego se montó en un caballo con alas para subir a la torre

DRAFT

de un castillo que estaba en una montaña, y allí rescató a la princesa con la que luego se casaría.

Y Juanelillo seguía mirándola con sus ojos siempre tan fijos y abiertos, como si se asombrase de aquellas historias tan fantásticas. Hasta el ratoncillo asomaba su hocico por el agujero para oír los cuentos de aquella niña.

La botella, en cambio, no despertó el interés de Esperanza. La había dejado junto a Juanelillo, así como estaba, llena de polvo y bien tapada. Pero una tarde de esas, poco después de que la niña se marchase dejando el gran libro de magia junto al autómeta y el sótano se quedase del todo a oscuras, el ratoncillo, que al parecer era tan curioso como la propia niña, se acercó a ver qué era aquella cosa tan grande. En realidad, lo que quería era comerse las hojas de aquel antiguo libro. Al pasar junto a la botella, la tiró. El roedor se asustó y volvió de prisa a esconderse en su madriguera. La botella rodó por el suelo y chocó contra el cuerpo de madera de Juanelillo.

“D2¡Plof!”D3, se oyó en el silencio del sótano. “D2Fsssssss...”D3: un silbido siguió a aquel ruido. Con el choque, el tapón de la botella había saltado y una especie de niebla brillante salía de ella. Revoloteó sobre el muñeco de palo y fue cayendo sobre él, metiéndose por cada resquicio, por las juntas de los hombros y del cuello.

El muchacho de madera, ese al que los niños llamaron Juanelillo, empezó a tiritar. Pero no de frío. Él no podía sentir frío, ni calor. Aun así, sus brazos, sus piernas, su pecho de viejo árbol temblaban. Los tirantes de cuero de sus poleas y los alambres se tensaban y destensaban, como desperezándose después de un largo sueño. Su temblor se hizo más fuerte cuando las piezas de relojería que eran sus tripas empezaron a moverse. La manivela que le daba cuerda giró, primero muy despacio, después de prisa. Y ninguna mano la sostenía.

Juanelillo andaba otra vez, torpe, como un bebé que empieza a dar sus primeros pasos. Pero enseguida su mecanismo de metal recordó cómo hacer reverencias. E hizo una, la más graciosa que nunca hubiera hecho. De repente se paró, aunque aún tenía cuerda.

Juanelillo se movía como antes, pero ahora sabía que se movía. Su boca pintada no podía hablar. Sus orejas dibujadas no podían oír. Sus ojos, dos círculos negros, no podían ver. Por su cuerpo de leño no corría más sangre que la que aparentaban tener sus

DRAFT



DRAFT

mejillas, dos grandes manchas rojas y redondas. Solo que ahora podía pensar. Podía recordar, recordar a aquella niña que había adornado su sombrero con plumas de pájaros. Recordaba sus palabras, su tristeza. Y recordaba las monedas que, cantarinas, caían en el cestillo de su cintura. La magia del antiguo brujo había entrado en él. Seguía siendo de madera y metal, de cuerda y de cuero. Pero ahora tenía alma. Aún llevaba colgado del cuello el cartel que Juanelo, su creador, había escrito. Sus dedos de madera bien pulida supieron agarrar un lápiz y escribir.

Aquella noche, la luna iluminaba el camino. Un camino por el que andaba, con paso torpe, un muñeco que parecía un muchacho hecho de madera. Caminaba despacio, pero no se cansaba. Y cuando el sol lo iluminó todo y las gentes salían de sus casas, Juanelillo ya estaba en mitad de la plaza principal de aquel pueblo, paseando de un lado al otro. De su cuello colgaba un cartel en el que se leía:

Pido unas monedas para los niños del orfanato, porque a mí también me abandonaron.

Y las gentes de aquel pueblo echaban monedas en el cestillo y él hacía su reverencia y todos aplaudían.

Cuando Esperanza llegó aquella tarde a ver a su amigo de madera, lo encontró donde siempre, tan quieto, tan serio. Con mucho asombro, descubrió que el cestillo que tenía en la cintura estaba lleno de monedas. No podía creérselo. No era mucho dinero, pero a ella le pareció una fortuna.

Buena como era, entendió que aquel dinero debía servir para comprar comida sana y rica para los niños del hospicio. Aquella noche, todos cenaron mejor que nunca. Cuando los responsables del hospicio le preguntaron a Esperanza de dónde había sacado el dinero para comprar carne y fruta, ella les contestó que una señora bien vestida se lo había dado. Su respuesta dejó tranquilos a sus cuidadores. Sabían que ella era incapaz de robar y resultaba cierto que, de vez en cuando, alguien les daba una buena limosna. Juanelillo, cada noche, andando despacito pero sin cansarse nada, recorría los caminos de la comarca para visitar los pueblos. Cada mañana repetía su espectáculo. Y cada tarde, cuando Esperanza iba a verlo, lo encontraba tan quieto, tan solo y tan silencioso como siempre, pero con el cestillo lleno de monedas.

DRAFT



DRAFT

Así pasó bastante tiempo. Todos estaban contentos. Pero ya sabemos que ni la curiosidad de aquella niña ni su valor tenían límites. Y empezó a querer saber de dónde salía aquel dinero.

Así que una tarde, ya casi de noche, esperó a la salida del túnel por el que se llegaba hasta aquel sótano. Cuál fue su sorpresa cuando vio salir al muñeco de palo. Lo vio andar, con pasos torpes y lentos, y llegar hasta el camino que salía de la ciudad. Lo siguió a distancia.

Juanelillo no se dio cuenta de que lo seguían. Por la mañana se plantó en la plaza mayor de un pueblo en el que ya había estado. En aquel pueblo vivía un caballero muy rico al que le había sorprendido la aparición de aquel autómatas que pedía dinero para los niños más desfavorecidos. Cuando lo vio llegar aquella mañana y ponerse a pedir limosna, se quedó observándolo con atención.

A Esperanza se le saltaron las lágrimas al ver lo que su amigo de palo hacía para sacar dinero, ese dinero que servía para que ella y sus compañeros pudieran comer y calentarse. Se acercó a él. Aunque no la miraba, ella sabía que la veía. Aunque no la oyera, ella sabía que la escuchaba y la entendía. Se secó los ojos con la manga del vestido y con una gran sonrisa se puso delante del muchacho de madera, aquel al que los niños llamaban Juanelillo.

Se había formado un gran corro alrededor de la niña y el muñeco. Entre los asistentes estaba el rico caballero. Esperanza cogió la mano de madera y cuero de su amigo y le dijo:

—'D1 Gracias.

Juanelillo le hizo la reverencia más bonita que nadie pudiera hacer. Un gran sentimiento se apoderó de todos los que estaban allí viendo aquella escena tan insólita como enternedora. Uno por uno, fueron depositando sus monedas en el cestito de Juanelillo y en la falda de Esperanza. Y los dos agradecían cada limosna con una reverencia.

Todos los vecinos se fueron marchando. Comentaban entre sí aquella maravilla. Solamente quedó junto a los dos amigos el gentilhomme. Se quitó el sombrero educadamente y se presentó a la niña:

DRAFT



—'D1 Soy don Alonso de Buenaventura y Quijano. Estoy asombrado por lo que he visto. ¿Es tuyo este ingenio mecánico, niña?

—'D1 ¿Ingenio? ¿Qué es un ingenio? —'D1 preguntó ella—'D1. Él es mi amigo, no es un ingenio.

El caballero sonrió con ternura y le preguntó a Esperanza si ella y su amigo de palo querían ir a comer a su casa.

—'D1 Mi amigo no come... 'C9 pero yo sí.

El ricohombre se rio y los llevó hasta su mansión. Allí explicó que él había crecido en el mismo orfanato del que ella venía. Pero que había tenido mucha suerte y había logrado hacer fortuna en América. De allí había vuelto como un hombre muy rico.

—'D1 Pero hasta hoy no me había dado cuenta de lo egoísta que he sido. Me he portado como un ingrato, pues nunca me volví a acordar de aquel orfanato, ni he ayudado en nada a los que allí sufren una infancia triste y llena de penurias, como fue la mía. Tu amigo y tú me habéis hecho ver lo desagradecido e insensible que he sido. Juanelillo estaba junto a la niña y al caballero. Tan quieto como siempre, tan de palo como siempre, con sus ojos, dos círculos pintados, tan fijos como siempre. En un momento dado, a Esperanza le pareció ver que se ponía triste, que su cara de madera pulida y su boca dibujada se entristecían y que sus mejillas, a las que ella había dado color de nuevo repintándolas, perdían el brillo.

Nadie podría creerlo nunca. Pero Juanelillo, el muchacho de madera, ahora tenía alma. Y tenía sentimientos. Y se entristeció al pensar lo desagradecido que había sido su creador, el gran genio e inventor maese Juanelo. Cómo lo había abandonado, igual que se abandona a un niño en un hospicio triste y frío. A él lo dejaron en aquel sótano triste y frío. Ahora tenía un alma, pero era un alma bondadosa. Y, aunque sabía que su creador se había portado mal con él, no sentía rencor.

Esperanza contó a don Alonso cómo había encontrado a aquel ser de palo. El caballero dijo a la niña que había llegado el momento de que él enmendase su egoísmo y que estaba dispuesto a compartir su fortuna con los que más lo necesitaban. Así pues, los tres subieron a un carro y se dirigieron de vuelta a la ciudad. Cuando llegaron, con mucho disimulo, dejaron a Juanelillo a la entrada del túnel. Él se arrastró hasta el sótano y se quedó quieto, muy quieto, allí donde siempre había estado.

DRAFT



DRAFT

Maese Juanelo, el inventor, relojero real y constructor de autómatas, vio entrar a aquel caballero tan lujosamente vestido y supuso que vendría a hacerle un buen encargo. Por eso, se sorprendió mucho al escuchar que quería comprarle el primer ser mecánico que construyó y que lo salvó de morir de hambre. El gentilhombre puso varias monedas de oro sobre la mesa.

Juanelo había olvidado a su primera creación. Sin querer, sintió un pellizco en el corazón al ver salir por la puerta a ese muchacho de madera que pedía limosna para él. Vio las monedas de oro sobre la mesa y, entonces, igual que le había pasado al richombre, se dio cuenta de lo injusto y desagradecido que había sido, y se arrepintió sinceramente de ello. Se sintió muy apenado por su conducta. Él, que se quejaba de la ingratitud y del olvido del emperador, había actuado de la misma e infame manera con su Juanelillo. Entonces se prometió no volver a ser desagradecido. Y también prometió compartir lo que tenía con los demás, aquellos que, como él, lo habían pasado mal. Y con aquellas monedas de oro pensó en construir una escuela donde enseñar todo lo que él sabía de ciencia a los que quisieran aprender.

El carro en el que iba Juanelillo junto a don Alonso llegó a la puerta del hospicio. Allí estaba Esperanza, de pie y con algo bastante voluminoso en los brazos, cubierto por una tela. Cuando el caballero descendió del carromato, ella le entregó aquel libro que simulaba leer en sus ratos de juego con su amigo de madera. El gran libro que le había inspirado fantásticas historias de dragones y princesas, de caballeros y castillos. El gentilhombre agradeció el regalo.

—'D1 ¿Tú sabes leer? —'D1le preguntó Esperanza.

—'D1 Sí. Y tú también lo harás pronto, igual que todos los demás niños del hospicio. Yo me encargaré de ello.

Aquel caballero con fortuna estuvo hablando mucho rato con los responsables del hospicio. Mientras, Esperanza enseñaba orgullosa su amigo de madera a los demás compañeros. Y este andaba y bailaba, y todos los niños se reían y bailaban a su alrededor. Fue un día muy feliz. Y lo fue aún más cuando el director les anunció que aquel caballero iba a pagar todos los gastos del hospicio, que iban a tener buenos maestros y que nunca más, ni ellos ni los que vinieran detrás, iban a pasar hambre o frío.

DRAFT



DRAFT

anelillo se quedó a vivir allí con los otros niños, huérfanos como él. Y, por las tardes, Esperanza se sentaba junto a su amigo de palo y le contaba historias. Pero ahora eran historias que había leído en los libros y que hablaban de héroes y de hombres y mujeres extraordinarios. Y también, de vez en cuando, le leía las historias que ella misma escribía, y que hablaban de feroces combates entre caballeros y dragones, y de caballos con alas y princesas enamoradas.

Y Juanelillo se quedaba muy quieto, escuchando, aunque no tuviera orejas. Y sonriendo, aunque no tuviera una boca de verdad, sino que solo era dibujada. Eso sí: los rayos del sol del atardecer iluminaban los redondeles colorados de sus mejillas y los hacían brillar. Para Esperanza, eso era señal de que estaba contento. Juanelillo no tenía sangre ni corazón. Solo cuero, cuerda y ruedas de metal. Pero Juanelillo tenía alma, y era un alma bondadosa.

Una tarde, Esperanza estuvo buscando a su amigo por todo el edificio y no lo encontró. No se puso triste. Sabía que se había ido porque pensaba que debía ayudar a otros niños. Se lo imaginó haciendo reverencias cada vez que alguien dejaba caer una moneda en su cestillo. Y sonrió. Y deseó que encontrase a otra niña o niño que se hiciera amigo suyo y que le contase historias fantásticas, como las que ella le contaba. Muchos años después, cuando ya era una mujer, oyó una leyenda. Una que hablaba de un muchacho de palo que iba de pueblo en pueblo pidiendo monedas para los niños pobres. Y también la de un caballero que aprendió de un libro que alguien le regaló los más increíbles misterios de la magia. El caballero, junto con aquel muñeco de palo, dedicó su vida a ayudar a los demás. Aquella mujer, que se llamaba Esperanza, sonreía cada vez que escuchaba contar esas leyendas.